

demás órdenes de la vida, de excitar la reacción personal de cada individuo, y aun de cada grupo social para su propia formación y cultivo; todo ello mediante el educando mismo y lo que él de suyo pone para esta obra, ya lo ponga espontáneamente; ya en forma de una colaboración también intencional», es decir, una educación entendida en el más amplio sentido: físico, intelectual, estético, moral, social, o cívico, religioso, tal como corresponde a la «unidad orgánica del ser humano»; un nuevo sentido de la religiosidad, de la naturaleza, de la moralidad y el trabajo, una forma de vivir, en fin. La expresión, tan usada entonces, de «estilo de vida» adquiriría pleno sentido. Y una nueva visión de la historia española: nuestro pasado inmediato dejaba ya de ser aquel conjunto de catástrofes que se nos decía. Había, por el contrario, alumbrado valores olvidados, aunque, hay que reiterarlo, no del todo perdidos, que era necesario recuperar, si se quería cambiar un presente que, a la luz de aquella tradición, resultaba crecientemente intolerable. Asumir el pasado venía a ser entonces la condición necesaria si se quería alumbrar un futuro distinto. Muchos cambiamos o evolucionamos entonces. Antes de finalizar los cincuenta, la Universidad, la Facultad de Derecho, empezaba a ser el principal foco de oposición al franquismo.

Y en esta búsqueda de nuestras raíces, encontrábamos a don Ramón Carande. Gonzalo Anes ha glosado su descubrimiento desde la perspectiva de un estudiante de la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas, a quien la lectura, en 1952, del primer tomo de *Carlos V y sus banqueros*, le despierta su vocación investigadora.⁴ Para mí fue pronto un nombre aureolado por todos los prestigios de una época que se había intentado suprimir. Carande, lo recordaba aquel hombre «ejemplar y destartado, espejo de dignidad y paladín de las más nobles causas de la inteligencia», recientemente perdido, que fue Rafael Pérez Delgado, prologuista de *Galería de raros*⁵, representaba, arquetípicamente, a aquel profesorado, preparado por el esfuerzo de la parte señora de la generación anterior —Institución Libre, Junta de Ampliación de Estudios—, «para poner en marcha una reforma radical de la enseñanza que hiciera posible la integración de España en el concierto europeo, una vez curada de sus dolencias seculares vinculadas al estancamiento dogmático de su pensamiento especulativo». Antes de la lectura de su obra, que sabíamos excepcional por su calidad y por el ánimo esforzado de quien fue capaz de hacerla en la madurez, superando pérdidas irreparables y en condiciones extremadamente difíciles, Carande era ya, para tantos de nosotros, sus deudos, referencia inexcusable, testimonio y ejemplo de lo que podría haber sido y quizá pudiera volver a ser, modelo, en fin, de dignidad humana. Los que no tuvimos el honor de conocerle en persona, supimos siempre de don Ramón, de su denodado esfuerzo intelectual, de su vitalidad, de su permanente juventud, de su cordialidad, transmitida a través de mil anécdotas. El camino recorrido desde aquellos años ha sido largo, los logros, no cabe duda, fundamentales. Pienso, sin embargo, que los riesgos actuales son graves, y no sólo, desde luego, para los españoles, especialmente, quizás, al ser causa de otros muchos, el del olvido de una tradición liberal, inseparable del mundo contemporáneo, no más fácil de encontrar hoy que antaño, al verse deformada en cari-

⁴ G. Anes: Don Ramón. *Ínsula*, 263 (octubre, 1968).

⁵ C. J. Cela: Breve noticia de un amigo. *Diario 16*, 5 de junio-87.

catura o anegada por los restos de la contracultura o de un marxismo degradado y por una cierta forma hedonista e irresponsable de entender la libertad: la cultura actual, ilimitadamente abierta, se traduce, en último término, en indiferencia hacia la verdad, desde una neutralidad moral y vital.⁶ No se trata, por cierto, de reivindicar aquí un liberalismo concebido como un conjunto de recetas elaboradas por oposición al socialismo —¿habrá que recordar que el socialismo nace como una reacción a los temas del pensamiento liberal?—⁷, sino de encontrar el justo equilibrio entre la libertad y la ley, siempre tan difícil, más en un momento como el presente de suma indefinición, en el que, como ha recordado Alain-Gerard Slama, por un lado se postula la libertad total, afirmando el protagonismo de la sociedad civil y, por otro, se pide al Estado una protección absoluta. Se exige a la ley que ordene lo menos posible, paralizándolo al ejecutivo y, a la vez, no se reconoce en el seno de la sociedad otro poder distinto del Estado, de quien se espera la resolución de todos los problemas. ¿No estamos llegando a la configuración de «sociedades bloqueadas, en las que el individuo es gobernado por un Estado... que no gobierna»?⁸ No será ocioso recordar aquí el liberalismo de don Ramón, lleno de entusiasmo hacia lo verdadero y lo bello, abierto a los problemas sociales, comprometido, incluso, con un cierto socialismo, entendido, me atrevería a interpretar, no tanto como ideología política, sino como orientación ética, muy en la línea, pienso, de un Peguy: «La revolution sociale sera morale ou ne sera pas», cuya vigencia se revela creciente.⁹

II

El interés que despierta en nosotros *Galería de raros*¹⁰ tiene mucho que ver con la restauración de una tradición extraviada, a veces utilizada de manera burda o simplista, con la devolución de un mundo perdido, en un momento en que es necesario resistir a la degradación de los valores que han venido fundamentando nuestra cultura. *Galería de raros* nos acerca a la generación de Carande: «Hombres y mujeres —ha escrito Santos Juliá— con afán de aprender, sin fatiga en el trabajo, deliciosos en la conversación, rigurosos y elegantes en la escritura, entrañables en la amistad, incansables en el caminar. Fue una gente rara que quiso saberlo todo, que gozó en el trabajo a pesar de los escasos y aún míseros medios, que disfrutó en la tertulia, que sufrió, a veces hasta el llanto, en la escritura o que se mantuvo ágrafa (como gusta de decir Carande) y que brindó, a quien tuvo la fortuna de acogerla, una forma de amistad que sólo puede palpase en esas largas caminatas, cuando parece que el tiempo se hunde en el olvi-

⁶ Cfr. A. Bloom: *L'Âme désarmée, essais sur le déclin de la culture générale*. Julliard, París, 1987.

⁷ Cfr. P. Manent: *Histoire intellectuelle du libéralisme, dix leçons*. Hachette, París, 1986. *Les libéraux (2 tomes) présenté par...* Calmann-Lévy. París, 1986.

⁸ Alain-Gerard Slama: *Liberalisme: l'esprit des lois*. Le Point, 757 (23 Mars 1987).

⁹ Cfr. Peguy, homme du dialogue, *textes reunis par Françoise Berbort*, Cahiers de l'amitié Charles Peguy, 28 (1986); F. Laichter: Peguy et les Cahiers de la quinzaine, «*Editions de la Maison des Sciences de l'Homme*». París, 1985; J. M. Rey, Colère de Peguy, Hachette, *textes du XXème siècle. Recientemente, la Pléiade de Gallimard, ha publicado el tomo I de las Oeuvres en prose complètes de Peguy, edición presentada, establecida y anotada por R. Burac*.

¹⁰ R. Carande: *Galería de raros atribuidos a Regino Escaro de Nogal. Prólogo de Rafael Pérez Delgado, 2.ª edición*. Madrid, 1983.

do». Hombres y mujeres, en fin, que «aunaron como ningunas otras antes y, desde luego, ningunas después, el trabajo, la charla y el paseo». ¹¹

¿Por qué Carande llamó «raros» a sus personajes? ¿Porque eran escasos en su especie? ¿Porque eran insignes o excelentes en su línea?

El término lo emplea Rubén Darío, poeta por quien don Ramón tuvo la mayor admiración: «Llegué a aprenderme de memoria muchas de las poesías, entonces tan discutidas, de este incomparable autor». ¹² Rubén Darío escribió precisamente un muy curioso libro con este título, *Los raros* ¹³. En el apasionante tránsito del siglo XIX al siglo XX, en ese mundo ideológico-artístico de naturalistas, decadentes y estetas, parnasianos y diabólicos, ibsenistas y neomísticos, prerrafaelistas y tolstoyanos, wagnerianos y anarquizantes cultivadores del yo ¹⁴, «raro» es el esteta, apostrofado de decadente que, comulgante en la religión de la belleza, lucha por la afirmación de su singularidad, de su aristocraticismo espiritual, frente a la plebeyez de la masa, y se enfrenta a las convenciones, a veces a las injusticias, de una sociedad burguesa que integra difícilmente al artista, al «bohémio». El «raro» ve con horror y asco el triunfo pleno de una industrialización que consagra la fealdad y la vulgaridad. «El americanismo —dirá Eugenio de Castro— reina absolutamente; destruye las catedrales para levantar almacenes; derrumba palacios para alzar chimeneas, no siendo de extrañar que transforme brevemente el monasterio de Batalha, en fábrica de conservas o de tejidos, y los Jerónimos, en depósito de carbón piedra o en club democrático, como ya transformó en cuartel el monumental convento de Mafra. Las multitudes triunfantes aclaman el progreso; Edison es el nuevo Mesías; las Bolsas son los nuevos templos. ¡El humo de las fábricas ya oscurece el aire; en breve dejaremos de ver el cielo!». Tal es la queja, dice Rubén, «es la misma de Huysmans en Francia, la queja de todos los artistas, amigos del alma». ¹⁵ «Raro», pues, equivale aquí a artista exquisito que, en su rechazo de lo social triunfante, se coloca altivamente, victorioso o derrotado, en la búsqueda de su ideal, por encima de las normas morales de la época.

Pío Baroja, otra de las devociones literarias de Carande, esculpió, a lo largo y ancho de su obra, un amplísimo retablo de «raros», definido en sus *Memorias* como «Galería de tipos de la época», que desborda el limitado concepto de «raro» del poeta. Ciertamente Baroja, mucho más preocupado por la parte moral de la vida que por la estética «el romanticismo inmoralista es para mí completamente ridículo», ¹⁶ manifiesta escasa estimación por muchos de los «raros» rubenianos: Barbey d'Aurevilly, Oscar Wilde, Jean Lorrain, Catulle Mendès, d'Annunzio y «otros por el estilo», aunque la acogida en su

¹¹ S. Juliá: Ramón Carande, contra el olvido. El País, año IV, n.º 158 (domingo, 31 de octubre de 1982).

¹² R. Carande: Recuerdos de mi infancia. Madrid, 1987, p. 170

¹³ R. Darío: Los raros. Madrid, 1953.

¹⁴ Ibid., p. 174.

¹⁵ Ibid., p. 212.

¹⁶ P. Baroja: Desde la última vuelta del camino. Memorias. Galería de tipos de la época. Madrid, 1947, p. 21.